

Los compinches en Caracas se ganan a Washington



Tiempo de lectura: 4 min.

[Elliott Abrams](#)

La política latinoamericana ha estado marchando a favor del presidente Donald Trump. Véanse las victorias electorales de Javier Milei en Argentina, José Antonio Kast en Chile y Abelardo de la Espriella en Colombia. Venezuela podría ser el próximo país en girar a la derecha. Todas las encuestas sugieren que la veterana líder conservadora María Corina Machado aplastaría a la presidenta no electa Delcy Rodríguez en una contienda abierta.

Eso sería otra victoria para Trump, posible únicamente porque derrocó al dictador Nicolás Maduro en enero. En su lugar, el presidente de EE. UU. se ha dedicado a otro proyecto: mantener permanentemente en el poder a la antigua compinche de Maduro. Las ganancias extraordinarias del amiguismo son aparentemente

demasiado fuertes, y la atracción de la democracia venezolana y la economía de libre mercado demasiado débil. Días después de derrocar a Maduro, Trump dijo: “Queremos estabilidad, pero sí queremos democracia”. Ahora parece querer solo petróleo.

Esa es la conclusión lógica de su anuncio en Truth Social el viernes de que Estados Unidos ha asegurado “más de 65 MIL MILLONES DE BARRILES de Reservas Probadas de Petróleo en Venezuela”. Es un plan enrevesado bajo el cual EE. UU. obtendrá una participación accionaria del 35 por ciento en North American Blue Energy Partners, una empresa privada venezolana, así como los derechos a al menos el 20 por ciento de su producción durante 100 años. Washington no está pagando por ninguno de los dos, y el pueblo venezolano no estuvo de acuerdo con ello. Rodríguez sí lo estuvo. Es evidentemente lo que ella necesitaba hacer para ganarse a Trump, quien parece feliz de ver a su régimen represivo permanecer en el poder para siempre.

El acuerdo es casi con certeza inconstitucional según la ley venezolana, la cual establece que los yacimientos petrolíferos “son propiedad de la República” y “por lo tanto inalienables e inembargables”. Si el gobierno otorga concesiones, debe ser por un “tiempo determinado, asegurando en todos los casos la existencia de una contraprestación o compensación adecuada para atender el interés público”. Una concesión de un siglo de duración de miles de millones de barriles de petróleo sin pago difícilmente cumple con ese criterio. Tampoco es probable que satisfaga la ley de EE. UU. ¿Tiene realmente el Pentágono el derecho de estar en el negocio del petróleo?

Peor aún, debido a que las principales compañías petroleras de EE. UU. no han estado dispuestas a desembolsar grandes cantidades de efectivo para invertir en Venezuela, Trump ha aliado al gobierno con el empresario venezolano más sombrío y repulsivo que pudo encontrar. Alejandro Betancourt, quien lidera North American Blue Energy Partners, tiene una orden de arresto suiza por presunto lavado de dinero que involucra a la empresa estatal de petróleo de Venezuela, PDVSA. (Él niega las irregularidades y no ha sido imputado formalmente). Sin embargo, Betancourt es uno de los pocos que hizo fortunas bajo los regímenes corruptos de Hugo Chávez y Maduro —un símbolo, entre los venezolanos de izquierda y derecha, de todo lo que está mal en que el amiguismo desplace al libre mercado y al estado de derecho.

Cuando serví en la primera administración de Trump como representante especial para Venezuela, sabíamos exactamente lo que Betancourt representaba y lo mantuvimos muy alejado del gobierno de EE. UU. Ya no más, como informó The Post la semana pasada. Altos funcionarios de EE. UU. aparentemente “cabildearon para resolver el caso en Suiza de una manera que evitara cargos penales y pusiera fin a las restricciones de viaje contra el empresario con sede en Gran Bretaña”. Washington también le ha permitido visitar para varias reuniones con la administración.

El plan de EE. UU. depende así de los remanentes del régimen de Maduro tanto en el palacio presidencial como en la comunidad empresarial. Esto pone a las fuerzas de la oposición democrática venezolana en un aprieto, incapaces de apoyar el acuerdo pero renuentes a condenar algo detrás de lo cual está Trump. El acuerdo fracasará si la democracia regresa alguna vez a Venezuela, porque la gran mayoría del pueblo estará en su contra. El Partido Comunista Venezolano ya lo ha condenado, al igual que el ex candidato presidencial centrista Henrique Capriles. Ellos rechazan uniformemente que Rodríguez entregue valiosos recursos naturales para mantenerse en el poder.

Hay una idea sensata detrás de centrarse en el petróleo venezolano. Si la producción del país pudiera volver a subir a los 3.5 millones de barriles por día que alcanzó antes de que Chávez tomara el poder en 1998, podría ayudar a convertir al hemisferio occidental en el centro de una producción global confiable y segura. El libre mercado crearía producción adicional en el país, como lo ha hecho en Guyana y pronto lo hará en Argentina, si las inversiones estuvieran garantizadas por el estado de derecho.

Sin embargo, Trump está intentando sustituir el libre flujo de capitales y las decisiones de inversión del sector privado por una marcha forzada. Su acuerdo no aliviará a los conductores estadounidenses: los precios de la gasolina no bajarán porque cualquier aumento de producción derivado de este acuerdo está a años de distancia. Se anunciarán cientos de miles de millones de dólares en inversiones —algunas por parte de embaucadores que buscan ventajas especiales, algunas por empresas petroleras que buscan el favor de Trump y algunas por el propio presidente. Pero el dinero no vendrá a continuación, porque todo está ligado a un hombre que dejará el cargo en unos dos años, y a Rodríguez, a quien el pueblo de Venezuela derrocará tan pronto como sea capaz.

La tragedia es que Estados Unidos es ahora el socio de un déspota no electo. Una buena prueba de cuánto ha abandonado Washington la democracia venezolana es su posición sobre la fecha para nuevas elecciones. Rodríguez quiere que se pospongan indefinidamente porque sabe que perderá. Su oposición las quiere el próximo año. Si los funcionarios de EE. UU. comienzan a hablar de cómo las contiendas en 2027 son demasiado difíciles porque se necesita más tiempo y preparación, este acuerdo petrolero demostrará ser la gran traición —de los recursos naturales de Venezuela y del derecho de su pueblo al autogobierno.

Elliott Abrams, miembro senior del Consejo de Relaciones Exteriores, fue el representante especial para Venezuela durante la primera administración de Trump.

<https://www.washingtonpost.com/opinions/2026/09/02/venezuela-oil-deal-trump-orchestrated-is-shameful-sellout/>

Traducido por Gemini

[ver PDF](#)

[Copied to clipboard](#)